

JOSÉ VÍLCHEZ

**EL DON DE LA VIDA**

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	13
1. VIDA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO .....	15
1. Características de los seres vivos .....	16
2. Relación entre Dios y la vida .....	19
2.1. Dios es vida, el viviente por naturaleza .....	20
2.2. Dios es el origen, la fuente de la vida .....	21
2.3. Los mandatos y consejos y la sabiduría del Señor dan vida .....	22
2.4. Dios, el Dios vivo, es garante de la vida .....	24
3. Importancia de la vida humana .....	25
4. Dios apuesta por la vida .....	26
5. Pero la vida del hombre es limitada .....	28
6. Y después de la vida ¿qué? .....	29
7. La fuerza de la vida supera a la muerte .....	32
2. VIDA EN EL NUEVO TESTAMENTO .....	35
1. Vida en sentido temporal .....	35
2. Vida espiritual .....	43
3. Vida eterna .....	45
3.1. Vida eterna, vida divina .....	46
3.2. Vida eterna aquí y ahora .....	47
3.3. Vida eterna más allá de la muerte .....	49
a) Contradicciones de la vida presente .....	51

b) Clara contraposición: Vida presente – vida futura . . . . .	53
c) Vida futura: vida verdadera . . . . .	56
4. Grandes metáforas comunes . . . . .	56
4.1. El agua de la vida . . . . .	57
4.2. Árbol y corona de la vida . . . . .	58
4.3. El libro de la vida . . . . .	60
3. LA ALIMENTACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO	65
1. Alimentos de origen vegetal . . . . .	66
1.1. Los cereales . . . . .	67
a) El trigo y la cebada no elaborados . . . . .	70
b) El trigo y la cebada elaborados: el pan . . . . .	71
1.2. Otros alimentos vegetales . . . . .	74
a) Legumbres y productos de la huerta . . . . .	75
b) Árboles y arbustos frutales . . . . .	75
– La vid y el olivo . . . . .	76
– El vino y el aceite . . . . .	77
– Especial sobre el vino . . . . .	80
– La parra y la higuera . . . . .	83
– La higuera y el granado . . . . .	83
– Otros frutos y árboles frutales . . . . .	85
2. Alimentación de origen animal . . . . .	86
2.1. La carne . . . . .	86
a) Legislación sobre los animales puros e impuros . . . . .	87
b) Los animales terrestres sirven de alimento . . . . .	88
c) Los animales acuáticos sirven de alimento . . . . .	90
d) Los volátiles sirven de alimento . . . . .	91
2.2. La leche y sus derivados . . . . .	93
2.3. La miel . . . . .	95
4. LA ALIMENTACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO . . . . .	97
1. La comida material es algo natural y necesario . . . . .	98
2. El ejemplo de Jesús . . . . .	101

3. El pan material y el trigo .....	104
4. La vid y el vino .....	107
5. La carne y el pescado .....	110
6. El valor trascendente de la comida en el NT .....	113
5. LA PALABRA DE DIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO	115
1. Variedad de acepciones de la palabra .....	116
2. La palabra de Jesús, la palabra del Señor .....	118
3. La palabra, el evangelio .....	122
4. La palabra de Dios por excelencia .....	124
6. EL MANÁ Y EL PAN DE VIDA .....	129
1. Alimento material de los israelitas durante su travesía por el desierto .....	130
2. El maná, alimento espiritual y símbolo de la presencia de Dios .....	131
3. El alimento espiritual y trascendente .....	133
4. La culminación del maná en Jesús .....	134
7. EL AGUA Y SU SENTIDO TRASCENDENTE .....	137
1. El agua en su sentido natural .....	137
2. El agua en sentido trascendente .....	146
3. El manantial originario .....	147
4. Jesús, don de Dios y el agua viva .....	149
4.1. Jesús y la samaritana (Jn 4,5-15) .....	150
a) La ocasión (Jn 4,5-9) .....	150
b) El don de Dios (Jn 4,10) .....	152
c) El agua viva .....	154
4.2. Jesús y el binomio agua-Espíritu Santo (Jn 7,37-39) .....	157
8. VIDA DE DIOS, VIDA DIVINA .....	161
1. Dios Padre .....	162
2. Dios Hijo: Jesucristo, el Señor .....	165
3. Dios Espíritu Santo .....	168

9. FILIACIÓN HUMANA DE JESÚS .....	171
1. Nuestra filiación natural .....	171
2. Filiación humana de Jesús .....	174
2.1. Jesús, hijo de María .....	174
2.2. Jesús, hijo de José .....	177
2.3. Jesús, hijo de David .....	179
2.4. Jesús, el hijo del hombre .....	182
a) Antecedentes bíblicos .....	182
b) Hijo del hombre en boca de Jesús .....	184
1) Pasajes con sentido no escatológico sin referencia a la muerte de Jesús .....	184
2) Pasajes con sentido no escatológico relacionados con la muerte de Jesús .....	186
3) Pasajes con sentido escatológico .....	190
c) Hijo del hombre en boca de otros, no de Jesús	195
10. FILIACIÓN DIVINA DE JESÚS .....	197
1. Testimonios en contra de Jesús, Hijo de Dios .....	198
2. Testimonios a favor de Jesús, Hijo de Dios .....	199
3. Testimonios sobre Dios (Padre) y su Hijo .....	203
4. Jesús habla del Padre .....	206
5. Jesús habla de su Padre: mi Padre .....	212
6. Jesús habla del Hijo y también del Padre .....	215
7. Jesús habla con el Padre .....	218
8. El Padre habla del Hijo .....	221
11. NUESTRA FILIACIÓN ADOPTIVA DIVINA .....	223
1. Dios, padre del pueblo; el pueblo, hijo de Dios .....	223
2. Filiación según la carne – según el Espíritu .....	226
3. Filiación adoptiva divina .....	227
4. Dios es nuestro Padre .....	230
5. Nosotros somos hijos de Dios .....	234
5.1. Hijos de Dios por el nuevo nacimiento .....	235
5.2. Hijos de Dios libres .....	236
5.3. Hijos de Dios, herederos del reino .....	241

12. LA GRACIA O GRATUIDAD DE DIOS .....	247
1. El largo tramo del Antiguo Testamento .....	247
1.1. La gracia en el ámbito hebreo del AT .....	248
a) hen: belleza-atractivo y favor .....	248
b) hesed: benevolencia, fidelidad y lealtad .....	249
c) Asociación de hesed y el término afín emet ..	251
1.2. La gracia o χάρις en los libros griegos del AT ..	253
a) Sentido profano de χάρις .....	254
b) Sentido religioso de χάρις .....	258
2. La gracia o χάρις en el NT .....	259
2.1. Sentido profano de χάρις en el NT .....	260
2.2. Sentido religioso de gracia en el NT .....	262
a) Dios (Cristo), fuente de la gracia .....	262
b) La gracia es el don gratuito de Dios por excelencia .....	263
c) La gracia y la vida cristiana .....	267
 EPÍLOGO .....	 274

## INTRODUCCIÓN

La vida es un concepto abstracto, difícil de definir, pero de fácil comprensión, puesto que estamos en contacto muy directo con los seres vivos, empezando por nosotros mismos. Nuestra experiencia ya es vida y estamos rodeados de vida por todas partes con su infinita variedad en el mundo vegetal y animal. Para nosotros la vida es todo, sin vida sólo hay desolación y muerte.

Nos impresiona la inmensidad de un desierto, cuyas dunas de arena se parecen a un mar ondulante; pero difícilmente nos atraerá como una masa boscosa de viejos y nobles árboles centenarios, cuyas copas se asemejan también a un mar de olas verdes. La diferencia está en que el desierto es y simboliza la muerte, y el bosque es y simboliza la vida. En el desierto de arena la soledad es casi absoluta: sin arbustos, ni árboles, ni insectos, ni pájaros; sólo arena en polvo y algunas rocas como en los paisajes de la Luna o de Marte. En el bosque, por el contrario, estalla la vida: pinos, cedros, abetos, alerces, hayas, fresnos, olmos, robles, encinas, tilos..., o, simplemente, adelfas, laureles, jaras, acebos y chaparros, que dan cobijo y alimento a ejércitos de insectos y de aves, a toda especie de animales de caza mayor y menor, es decir, a la vida salvaje en todo su esplendor.

Además de la vida en los seres vivos a nuestro nivel, de pequeñas o de grandes dimensiones, existe la vida no perceptible a

simple vista, pero sí por medio del microscopio. En realidad, dentro de nuestro universo existe otro universo de dimensiones microscópicas, tan múltiple y variado como el que percibimos por nuestros sentidos corporales; es el universo de los hombres de ciencia, de los investigadores de laboratorio. De todas formas, la vida más cercana a nosotros es la nuestra, que no se distingue de nosotros mismos, en cuanto somos seres vivientes.

En la presente obra no vamos a tratar de la vida en general, puesto que no somos biólogos; intentaremos informarnos sobre lo que la sagrada Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, nos enseña sobre la vida humana en sus diversos aspectos, y con suma humildad y sólo a grandes rasgos sobre el misterio de la vida en el Dios viviente por antonomasia, origen de la vida en todos los vivientes y dador de su propia vida al hombre, según el único plan de salvación que se nos ha revelado por medio de Jesucristo, «camino, verdad y vida» (Jn 14,6).

# 1

## VIDA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La sagrada Escritura es, para judíos y cristianos, el conjunto de libros sagrados que componen la Biblia o Antiguo Testamento según el modo de hablar de los cristianos. A nuestro entender la sagrada Escritura es el monumento literario más importante que nos ha legado la antigüedad. No es un bloque uniforme, sino un conglomerado literario, en el que han cooperado innumerables autores, la mayoría de ellos desconocidos, durante un larguísimo período que ronda el milenio. Hay, sin embargo, un hilo conductor que da cohesión a esta ingente obra de siglos: la finalidad religiosa de todos y cada uno de sus libros. San Pablo, que la conocía bien, pues había sido «instruido a los pies de Gamaliel» (Hch 22,3), famoso maestro de la Ley, escribe a su discípulo Timoteo: «Desde niño conoces las sagradas Letras, que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia» (2 Tim 3,15-16).

Los temas abordados en la Escritura son incontables, todos aquellos que por algún motivo pueden interesar al hombre, desde los más triviales e irrelevantes en la vida de cada día hasta los más importantes y decisivos en la historia de los individuos, de las comunidades y de los pueblos. Entre éstos está el tema de

nuestro presente estudio, el de la vida, que afecta directamente a la parte más noble y variada de los seres creados, los vivientes, desde el más simple vegetal y animal hasta el más complejo y completo de todos, el hombre, hecho a imagen y semejanza del Señor, el Dios vivo, origen y fuente de toda vida.

## 1. Características de los seres vivos

Al hablar de los seres vivos o vivientes, los autores sagrados se refieren muchas veces indistintamente a los animales y al hombre (cf. Gén 6,17; 7,15.22); otras veces a los animales solamente (cf. Gén 1,30; 9,2-3; Eclo 13,15). Pero lo más frecuente es que por seres vivos o vivientes se entiendan exclusivamente los hombres: «El hombre llamó a su mujer “Eva”, por ser ella la madre de todos los vivientes» (Gén 3,20; cf. Jos 10,40). El ángel Rafael, después de darse a conocer a los Tobías, padre e hijo, les recomienda: «Benedicid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bienes que os ha concedido... Manifestad a todos los hombres las acciones de Dios» (Tob 12,6; cf. 13,4; Sal 116,9; Eclo 7,33; 16,30; 49,16).

Para el hombre antiguo, que fundaba los conocimientos de su mundo en torno en la experiencia de los sentidos corporales, había tres cosas fundamentales por las que se distinguían los seres vivos o vivientes de los que no lo eran, a saber, la respiración o aliento de vida, la sangre y la capacidad de moverse por sí mismo bien sea con los pies o, simplemente, arrastrándose. No nos detenemos en esta tercera, por ser la menos importante; citamos, sin embargo, el siguiente pasaje del Génesis: después del diluvio «pereció toda carne: lo que reptaba por la tierra, junto con aves, ganados, animales y todo lo que pulula sobre la tierra, y toda la humanidad» (Gén 7,21).

La respiración o aliento de vida es común a los animales y al hombre, como expresamente también leemos en el libro del

Génesis: «Voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra, para exterminar todo viviente que tiene hálito de vida bajo el cielo: todo cuanto existe en la tierra perecerá» (Gén 6,17; cf. 7,15) . Lo que se confirma poco más adelante: «Todo cuanto respira hálito vital, todo cuanto existe en tierra firme, murió» (Gén 7,22)». El texto más famoso sobre el hombre es el que describe su creación: «Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Gén 2,7; cf. Job 27,3); “ser viviente” se dice también de los animales en Gén 2,19. Fundándose en estos pasajes, el Eclesiastés no duda en afirmar que «el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra; y ambos tienen el mismo aliento de vida. En nada aventaja el hombre a la bestia» (Ecl 3,19).

Sobre la sangre de animales y de hombres la Escritura manifiesta de modo admirable el grande y religioso aprecio en que se tenía el bien supremo de los seres vivos, la vida. Para el AT la sangre se identifica con la vida o con la fuente de la vida. Leemos en el Levítico: «La vida de la carne está en la sangre», «la vida de toda carne está en su sangre» (Lev 17,11.14). El Deuteronomio también dice: «La sangre es el alma» (Dt 12,23). Por esta razón los códigos legales prohibían comer la sangre de los animales: «Todo lo que se mueve y tiene vida os servirá de alimento: todo os lo doy, lo mismo que os di la hierba verde. Sólo dejaréis de comer la carne con su alma, es decir, con su sangre» (Gén 9,3-4). La prohibición se extiende a todos los residentes en la tierra de Israel, sean israelitas o no: «Si un hombre cualquiera de la casa de Israel, o de los forasteros que residen entre ellos, come cualquier clase de sangre, yo volveré mi rostro contra el que coma sangre y lo excluiré de su pueblo. (...) Ninguno de vosotros comerá sangre; ni tampoco comerá sangre el forastero que reside entre vosotros. (...) No comeréis la sangre de ninguna carne... Quien la coma, será excluido» (Lev 17,10-14; cf. Dt 12,16.23-25).

Comer sangre es comer la vida que pertenece exclusivamente a Dios, pues en él está «la fuente de la vida» (Sal 36,10); sólo él puede hacer morir y vivir (cf. 2 Re 5,7), dar la vida o quitarla (cf. Dt 32,39; 1 Sam 2,6; Sab 16,13.15). En los sacrificios cruentos la víctima era ofrecida al Señor sobre el altar y su sangre derramada sobre el altar o alrededor de él (cf. Éx 24,6; Lev 1,5). En el caso legítimo de la muerte de un animal (cf. Dt 12,15), la sangre será vertida en la tierra «como el agua» (Dt 12,16.24), y será cubierta «con tierra» (Lev 17,13). La sangre humana, derramada en la tierra, clama directamente a Dios, como la de Abel: «Yahvé dijo a Caín: “¿Dónde está tu hermano Abel?” Contestó: “No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?” Replicó Yahvé: –¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo. Pues bien: maldito seas, lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano» (Gén 4,9-11).

La sangre de los animales, derramada en los sacrificios al Señor, tiene valor expiatorio: «La vida de la carne está en la sangre, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras vidas, pues la expiación por la vida se hace con la sangre» (Lev 17,11). Con la sangre también quedan sellados solemnemente los pactos entre el pueblo y Dios, como en el del Sinaí: «Moisés tomó la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: “Ésta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con vosotros, de acuerdo con todas estas palabras”» (Éx 24,8).

La prohibición de comer sangre de los animales se identificó tanto con el ser judío que no podemos extrañarnos de que a los primeros cristianos, provenientes del judaísmo, les repugnara comer sangre de animales, y de que, así mismo, rechazaran apasionadamente cambiar los hábitos ancestrales. Por esto quisieron imponer esta costumbre a los nuevos cristianos, venidos de la gentilidad. Los Hechos de los Apóstoles nos cuentan lo que decidieron a este propósito los apóstoles y los presbíteros de la comunidad de Jerusalén. En la asamblea de Jerusalén Santiago

tomó la palabra y dijo: «Juzgo yo que no se debe molestar a los gentiles que se conviertan a Dios, sino escribirles que se abstengan de lo que ha sido contaminado por los ídolos, de la impureza, de los animales estrangulados y de la sangre» (Hch 15,19-20). La comunidad asintió y acordó enviar a las comunidades de Antioquía y Siria una legación con este encargo: «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza. Haréis bien en guardaros de estas cosas. Adiós» (Hch 15,28-29). Pero sabemos que estas prescripciones sobre la sangre de los animales nunca se aplicaron en las iglesias fundadas por san Pablo.

## **2. Relación entre Dios y la vida**

De lo que jamás hay duda es de que Dios está siempre de parte de la vida, de parte de los vivientes, a los que ama incondicionalmente porque son obra suya, como nos dice con toda lógica el autor del libro de la Sabiduría: «Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si algo odiases, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si tú no lo quisieras? ¿Cómo se conservaría, si no lo hubieras llamado? ... Señor, amigo de la vida» (Sab 11,24-26). El amor de Dios por todas sus criaturas en general y de los vivientes en particular no es un amor frío y platónico o estático, que fue una vez al principio de la creación y después cesó. No. El amor de Dios es siempre actual y se manifiesta al hacer que las criaturas permanezcan en la existencia, conservándolas en su ser multiforme, activo, misterioso. Nada de cuanto existe y permanece puede independizarse del dominio amoroso y soberano de Dios; soberanía e influjo que no anulan las propiedades y leyes de la naturaleza, sino que las hacen ser lo que son. Todo cuanto existe, por el mero hecho de subsistir, evoca la acción creadora de Dios, que lo ha llamado a la existencia, sobre todo y principalmente al hombre que, entre

los vivientes, es el único que puede establecer con él un diálogo responsable, aun a sabiendas de que un día ha de morir. El mismo libro de la Sabiduría nos enseña que el amor de Dios por la vida no está reñido con la realidad de la muerte, puesto que «Dios no hizo la muerte ni se alegra con la destrucción de los vivientes. Él lo creó todo para que subsistiera» (Sab 1,13-14). Cómo sea esto posible, lo aprenderemos del mismo libro de la Sabiduría. Por ahora recordemos que el arco iris en el cielo es la señal visible del amor que Dios tiene por la vida, por todo género de vida, según expresa la solemne promesa que Dios hace a la nueva humanidad después del relato del diluvio: «Dijo Dios a Noé y a sus hijos: “He pensado establecer mi alianza con vosotros y con vuestra futura descendencia, y con todo ser vivo que os acompaña: las aves, los ganados y todas las alimañas que hay con vosotros, con todo lo que ha salido del arca, todos los animales de la tierra. Establezco mi alianza con vosotros, y no volverá nunca más a ser aniquilada la vida por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra”... Ésta es la señal de la alianza que para las generaciones perpetuas pongo entre yo y vosotros y todo ser vivo que os acompaña: Pongo mi arco en las nubes, que servirá de señal de la alianza entre yo y la tierra. Cuando yo anuble de nubes la tierra, entonces se verá el arco en las nubes, y me acordaré de la alianza que media entre yo y vosotros y todo ser vivo... En cuanto esté el arco en las nubes, yo lo veré para recordar la alianza perpetua entre Dios y todo ser vivo, toda la vida que existe sobre la tierra» (Gén 9,8-16).

A continuación vamos a ver cómo los autores sagrados nos hablan a lo largo y ancho de la Escritura de la íntima y positiva relación existente entre Dios y la vida.

### ***2.1. Dios es vida, el viviente por naturaleza***

En la Escritura a Dios se le llama con frecuencia “el Dios vivo”, “el viviente”, porque la vida pertenece a su naturaleza como el existir. De Dios jamás se dice que haya empezado a existir; él exis-

te desde siempre. Tobías empieza su himno a Dios diciendo: «Bendito sea Dios que vive eternamente» (Tob 13,1). Para el Eclesiástico el ser vivo o viviente es nombre propio de Dios: «El que vive eternamente todo lo creó por igual» (Eclo 18,1), recogiendo así una tradición de siglos en Israel que llama al Señor «el Dios vivo»: «¿Qué hombre ha oído como nosotros la voz del Dios vivo...?» (Dt 5,26); o bien: «En esto conoceréis que el Dios vivo está en medio de vosotros» (Jos 3,10). David justifica así ante Saúl, el rey de Israel, su desafío con el gigante Goliat: «Tu siervo ha dado muerte al león y al oso, y ese filisteo incircunciso será como uno de ellos, pues ha retado a las huestes del Dios vivo» (1 Sam 17,36; cf. 2 Re 19,4.16; Sal 42,3; 84,3; Dan 6,21.27; etc.).

## ***2.2. Dios es el origen, la fuente de la vida***

De Dios decíamos que no había tenido ni origen ni comienzo; no podemos decir lo mismo de la vida sobre la tierra, de todos los seres vivientes. Los científicos hasta se atreven a señalar sus inicios con cifras astronómicas en miles de millones de años. Los creyentes afirmamos que fue Dios, el viviente, por naturaleza, el que dio origen a la vida en nuestro planeta y dondequiera que exista, si es que existe. Todos los relatos de creación en la Escritura, a pesar de su simplicidad e ingenuidad en los antropomorfismos, tienen por finalidad proclamar a Dios, el Señor, como el principio originario de todo cuanto existe, libre y voluntariamente, incluido el hombre: «Dijo Dios: –Bullan las aguas de animales vivientes, y aves revoloteen sobre la tierra frente al firmamento celeste. Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todo animal viviente que reptaba y que hacen bullir las aguas según sus especies, y todas las aves aladas según sus especies» (Gén 1,20-21; cf. v. 24; 2,7.9,19).

Que Dios sea el origen y la fuente de la vida es un dogma fundamental que recorre la Escritura de principio a fin. Así reza Esdras, por ejemplo: «¡Tú, Yahvé, tú el único! Tú hiciste los cielos, el cielo de los cielos y toda su mesnada, la tierra y todo cuan-

to abarca, los mares y todo cuanto encierran. Todo esto tú lo animas» (Neh 9,6). Los autores se valen de afirmaciones bipolares atrevidas para abarcarlo todo, como hace Moisés en su cántico final: «Ved ahora que yo soy yo, y que no hay otro Dios junto a mí. Yo hago morir y hago vivir, yo hiero y yo sano (y no hay quien libre de mi mano). Sí, yo alzo al cielo mi mano, y digo: Tan cierto como que vivo eternamente» (Dt 32,39-40; cf. 1 Sam 2,6).

Un salmista se acerca al Señor, porque en él descubre lo más apetecible para el corazón humano en proporciones inmensas, como un océano sin orillas o un torrente de felicidad: «Tu amor, Yahvé, llega al cielo, tu fidelidad alcanza las nubes; tu justicia, como las altas montañas, tus sentencias, profundas como el océano. Tú proteges a hombres y animales, ¡qué admirable es tu amor, oh Dios! Por eso los seres humanos se cobijan a la sombra de tus alas; se sacian con las provisiones de tu casa, en el torrente de tus delicias los abrevas; pues en ti está la fuente de la vida, y en tu luz vemos la luz» (Sal 36,6-10). Decir agua es decir vida, especialmente donde el agua no abunda. El profeta Jeremías aplica al Señor la bella metáfora del manantial en contraste con la conducta negativa del pueblo: «Pasmaos, cielos, de ello, erizaos y cobrad gran espanto –oráculo de Yahvé–. Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen» (Jer 2,12-13; cf. 17,13).

### ***2.3. Los mandatos y consejos y la sabiduría del Señor dan vida***

Puesto que el hombre es materia y espíritu, su vida es material y espiritual. Por la vida material el hombre se hermana con todos los vivientes que pueblan la tierra y el mar; por la vida espiritual se asemeja al que es puro espíritu y Señor de los espíritus, del cual ha recibido su propio espíritu o aliento de vida (cf. Gén 2,7). A esta vida espiritual se refiere el texto del Deuteronomio que nos enseña que «no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre

vive de todo lo que sale de la boca de Yahvé» (Dt 8,3), con referencia explícita, por tanto, a la palabra de Dios. La palabra expresa lo más íntimo del que habla, en el caso de Dios, su voluntad. En el Antiguo Testamento por palabra de Dios hay que entender, en primer lugar, las manifestaciones directas de Dios a los que se consideran sus intermediarios, los profetas: «Aplicad el oído y acudid a mí, oíd y vivirá vuestra alma» (Is 55,3; cf. Amós 5,4.6.14). Las palabras de los Sabios indican el camino verdadero y justo, y que «en la senda de la justicia está la vida» (Prov 12,28); «El sensato asciende por senderos de vida, que lo libran de bajar al Abismo» (Prov 15,24). Los Sabios insisten en la enseñanza de la sabiduría y en el respeto al Señor, porque ambas cosas están íntimamente relacionadas con la vida verdadera del espíritu, la que nos acerca a Dios: «El temor de Yahvé conduce a la vida» (Prov 19,23); «El temor de Yahvé es fuente de vida que libra de los lazos de la muerte» (Prov 14,27); «La sensatez es fuente de vida para el que la posee» (Prov 16,22); «La ciencia del sabio crece como un torrente, y su consejo es fuente de vida» (Eclo 21,13[23]).

Pero es en la Ley donde se manifiesta más claramente la voluntad del Señor con relación a su pueblo en forma de normas, de mandatos, de consejos. Esta Ley es ley de vida, «la Ley que perdura por los siglos: todos los que la guarden vivirán, pero los que la abandonen morirán» (Baruc 4,1; cf. 3,9). Baruc recoge el espíritu que anima las enseñanzas del Deuteronomio: «Mira, yo pongo hoy delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Si escuchas los mandamientos de Yahvé tu Dios que yo te mando hoy, amando a Yahvé tu Dios, siguiendo sus caminos y guardando sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás» (Dt 30,15-16; ver, además, vv. 19-20). Es constante la unión íntima o ligazón entre el cumplimiento de la ley y la vida de los individuos y del pueblo: «Poned en práctica todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que viváis, os multipliquéis y lleguéis a tomar posesión de la tierra que Yahvé prometió bajo juramento a vuestros padres» (Dt 8,1; cf. 4,1).